



---

ARTÍCULOS

---

**EL DISCURSO CONTRARREVOLUCIONARIO DE LA COMUNIÓN  
CATÓLICO-MONÁRQUICA (1868-1872).  
FACTORES CULTURALES DE LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA**

**The counter-revolutionary discourse of the Comunion Católico-Monárquica  
(1868-1872). Cultural factors of the Second Carlist War**

**Ramiro Feijoo**

Universidad Complutense de Madrid  
[ramiro.feijoo@uc3m.es](mailto:ramiro.feijoo@uc3m.es)

Recibido: 28-09-2016 - Aceptado: 20-09-2017

---

**Cómo citar este artículo/Citation:**

Ramiro FEJOO (2018), "El discurso contrarrevolucionario de la Comunion Católico-Monárquica. (1868-1872). Factores culturales de la Segunda Guerra Carlista", *Hispania Nova*, 16, págs. 1 a 40, DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2018.4030>

**Copyright:** © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados en esta revista están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

---

**Resumen:** La revolución de 1868 supuso un cambio radical no sólo en lo político sino también en lo religioso y cultural que se encontró con la resistencia frontal de parte de la sociedad conservadora. Tras la Septembrina, los elementos más extremistas de esta, carlistas y neocatólicos, se unieron en un nuevo partido al que bautizaron como Comunion Católico-Monárquica, con el objetivo de oponerse al nuevo régimen, aunque en un principio sólo mediante medios políticos. El análisis del discurso contrarrevolucionario entre la revolución de 1868 y el comienzo de la Segunda Guerra Carlista de 1872 de los periódicos más cercanos a la Comunion (*El Pensamiento español* y *La Regeneración*) muestra una evolución cuya descripción puede ayudar a desagregar las diferentes causas culturales de la oposición al Sexenio y el cambio de estrategia que llevó a la defensa de la solución violenta, al menos desde el punto de vista de las clases urbanas de Madrid.

**Palabras clave:** discurso contrarrevolucionario, Comunion Católico-Monárquica; Segunda Guerra Carlista, Primera República, revolución.

**Abstract:** The revolution of 1868 in Spain implied a deep political, cultural and religious change that encountered a radical opposition from part of the conservative society. After the revolution, the most extremist conservative sectors, neo-catholics and carlists, joined together in the Comunion Católico-Monárquica to fight the new regime, although in the beginning only by political means. The discourse analysis of the newspapers close to the party (*El Pensamiento Español* and *La Regeneración*) demonstrates an evolution between the revolution of 1868 and the outbreak of the Second Carlist War of 1872 that might help us to disaggregate the cultural reasons of the increasing opposition to the new regime and the change of strategy towards the support of the violent solution, at least from the point of view of the urban classes settled in Madrid.

**Keywords:** Counter-revolutionary discourse, Comunion Católico-Monárquica, Second Carlist War, First Spanish Republic, revolution.

El 19 de diciembre de 1868, menos de tres meses después de la Septembrina, aparecía en el periódico *El Pensamiento español* un devastador artículo que, bajo el significativo título de *El azote de Dios*, clamaba contra la llegada de la “revolución”<sup>1</sup>. En él se utilizaban las imágenes simbólicas de Atila, del infierno de Dante, pero otros muchos términos que expresaban alarma y rechazo respecto al nuevo poder constituido, y en general nos acercaban al universo perceptivo, a las intencionalidades movilizadoras, o a ambas cosas, de este periódico cercano a la Comunión Católico-Monárquica, el partido en el que carlistas y neocatólicos se habían fusionado. Entre sus afirmaciones se utilizaban expresiones como *calamidad, guerra civil, caos, tempestades, guerra, desgarró, banderías políticas, partidos, disolución, angustia, lucha, protesta, expiación, revolución, liberalismo o fin del mundo*, que analizadas en su conjunto y en su expresión formal final nos hacen hablar de un lenguaje de contornos belicistas, simbólicos, salvíficos y trascendentes. Es un ejemplo de un tipo de subdiscurso que hemos llamado “pico” y que fue parte, aunque no de manera exclusiva, del discurso contrarrevolucionario de aquellos que se opusieron de raíz a las bases del proyecto democrático nacido en Cádiz.

Porque, en contra de lo que se pueda pensar, este lenguaje que anticipa y legitima la guerra no fue el predominante durante el Sexenio dentro de los grupos que quisieron acabar con él. La llegada de la Septembrina no alumbró las formas más extremadas del discurso contrarrevolucionario, sino que, en los primeros compases del régimen, percibimos por parte de estos sectores unos modos sosegados y racionales que dan pie a considerar el debate dentro del ámbito de lo meramente político. Es más, durante gran parte del periodo, entre octubre de 1868 y el verano de 1870, domina otro subdiscurso al que hemos denominado “meseta” en el que primará el pesar y no la ira,

---

#### Abreviaturas

EPE. El Pensamiento español

LR. La Regeneración

<sup>1</sup> EPE, 19-12-1868 (cursivas originales).

la prudencia y no el miedo, la racionalidad casi académica y no la diatriba simbólica e incluso trascendente. Artículos de este tipo extremado serán como fogonazos raros y aislados dentro de un morigerado tono general.

Sin embargo, en julio de 1870 este subdiscurso de rasgos templados pierde definitivamente su papel hegemónico en el mundo católico-monárquico en beneficio del subdiscurso más alarmista y extremista, que ya no abandonará su claro protagonismo (ver cuadro 1) hasta el estallido de la Segunda Guerra Carlista. El lenguaje del apocalipsis, de la guerra, del miedo y de la ira se ha hecho con la dominancia del discurso de manera definitiva. ¿Qué ha venido sucediendo? ¿Por qué el discurso intransigente, aunque moderado, ha sido sustituido finalmente por uno de contornos belicistas?

## **I. El enfoque dialéctico y su repercusión en la historiografía**

El carácter dialéctico del carlismo en relación a los avances liberales fue por primera vez señalado por Julio Aróstegui en 1975<sup>2</sup>. Efectivamente, el carlismo y la contrarrevolución siempre habían tenido sus momentos de auge a raíz de avances significativos en la revolución liberal (años 1820, 1830 y 1860-70). Si no se atiende a este fenómeno, malamente se puede explicar el carlismo y la contrarrevolución en sentido lato.

Para Aróstegui, este movimiento era la respuesta a las perturbaciones introducidas por el régimen político liberal y en concreto por el nuevo *sistema socio-económico*. El momento historiográfico casi obligaba a realizar este tipo de afirmaciones. Sin embargo, pocos años antes, en 1970, el mismo autor, en su célebre *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, se vio obligado a hacer tantas matizaciones a la tesis socio-económica, que la propia hipótesis de partida era de hecho refutada: según él, en Álava se produce una “coincidencia en el bando carlista de diferentes bandos sociales”. No existe tampoco conflicto campo-ciudad, porque en

---

<sup>2</sup> Julio ARÓSTEGUI. “El carlismo en la dinámica de los movimientos liberales españoles. Formación de un modelo”. *Actas de las Primeras Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas. IV Historia Contemporánea*. Santiago de Compostela, 1975, págs. 225-239

la fracción insurgente se encuentran abundantes elementos urbanos (artesanos, clases profesionales, propietarios, "burguesía media"). Ni siquiera hay una tendencia clara a que las clases altas se alineen con el liberalismo y las bajas en el carlismo. Sólo a la geografía de la pobreza<sup>3</sup> y al "particularismo institucional" le confiere suficiente peso explicativo como para defenderlos sin ambages.

Esta enrevesada transversalidad social del carlismo hizo al mismo Aróstegui y otros autores, en una de las últimas síntesis sobre el tema publicadas hasta la fecha<sup>4</sup>, fijarse menos en conflictos de clase y más en el desarrollo meramente político del fenómeno dialéctico y a Jordi Canal, en otra de las principales obras generales sobre el asunto, calificar al bando carlista de "amalgama" social, aglutinada por "miedos, descontentos y desesperaciones ante un supuesto avance revolucionario"<sup>5</sup>.

En el caso que nos ocupa, la revolución del 68 supuso un cambio del sistema político, de la monarquía isabelina de tipo liberal doctrinario a un sistema que ha sido catalogado como el primer régimen auténticamente democrático en España, que conllevó también cambios radicales en la axiología cultural y religiosa, desde las medidas tendentes a la separación Iglesia-Estado (y otras que podrían ser catalogadas de anticlericales), hasta la vuelta a las cátedras de los intelectuales krausistas o incluso su acceso a puestos de gobierno. Reformas políticas, reformas religiosas, reformas educativas, reformas culturales (como el matrimonio civil, fuertemente contestado por el catolicismo sociológico), un contexto social convulso, provocado o al menos catalizado por la crisis económica de los años 60, e incluso un panorama internacional febril (cuestión romana, guerra de Cuba, guerra franco-prusiana, Comuna de París), que afectaron y conmovieron profundamente la estabilidad del mundo conservador.

Este cambio brusco provocó una reacción en sentido contrario de aquellas fuerzas que sintieron amenazadas ya su situación social, ya sus valores culturales tradicionales, ya sus principios religiosos, ya sus identidades colectivas. En semejantes

---

<sup>3</sup> Años después, Josep Fontana matizará a Aróstegui. No es la geografía de la pobreza la que se corresponde con las áreas carlistas, sino la geografía de las áreas empobrecidas. Ver Josep FONTANA, "Crisi camperola i revolta carlina", en *Recerques: Història, economia i cultura*, nº 10 (1980), págs. 7-16

<sup>4</sup> Julio ARÓSTEGUI; Jordi CANAL; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA. *El carlismo y las guerras carlistas: hechos, hombres e ideas*. Madrid. La Esfera de los libros, 2003

<sup>5</sup> Jordi CANAL. *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid, Alianza Editorial, 2000

momentos, parte de estos grupos hallará en el carlismo y su siempre probable vía insurgente la posible solución o refugio frente al peligro (real o sentido) que trajeron en bloque y bruscamente las fuerzas consideradas como oponentes o incluso enemigas y en términos amplios denominadas “revolucionarias”. En este sentido el carlismo sería la expresión política de la respuesta psicosocial más extremada y radical del “conservadurismo sociológico español” (término de Blinkhorn que me parece muy apropiado)<sup>6</sup> a unos cambios *percibidos* como traumáticos. Como afirmó Jesús Millán en 1991, “los carlistas fueron considerados como el último remedio de los conservadores en peligro”<sup>7</sup>.

Es por esta senda de las “percepciones de la política” por la que va a transitar este artículo, a la búsqueda de entender ese universo mental tradicional, transversal a las clases sociales (aunque, atención: no necesariamente ajeno a su lógica<sup>8</sup>), que vio en peligro sus seguridades ancestrales con la llegada de un nuevo paradigma.

Este énfasis en la “percepción de los cambios” no es nuevo en absoluto. Ya Jaume Torras señalaba en 1976 que el carlismo había que entenderlo dentro de la percepción de una parte de la población de una agresión ideológica proveniente de los cambios liberales, de una amenaza a los modos de vida y en especial al “sistema de ritos y valores cuyo eje era la Iglesia”. Yendo más allá, apuntaba a la necesidad de comprender “los procesos ideológicos por medio de los cuales las diferentes clases interpretaban estas condiciones y orientaban su comportamiento”<sup>9</sup>. Sin embargo, su estudio se circunscribía a áreas rurales y a las primeras décadas del siglo XIX. El mismo Aróstegui hablaba poco después de “superestructuras mentales” de

<sup>6</sup> Martin BLINKHORN. “Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe”, en *The radical right and the Establishment in twentieth-Century Europe*. Londres, Unwyn & Hyman, 1990, págs. 1-13

<sup>7</sup> Jesús MILLÁN, “Contrarevolució i mobilització a l'Espanya contemporània, Jordi CANAL et al. *El carlisme, sis estudis fonamentals*. Barcelona, L'Avenç, 1993.

<sup>8</sup> Para el caso que nos ocupa, la transversalidad ha sido puesta de manifiesto por Lluís Toledano, que repetidamente alude a una “composición social compleja”: Lluís TOLEDANO. *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1872)*. Pagés editors, 2001, págs 63, 141, 158. En el otro extremo, por ejemplo, Leopoldo-Santiago Díez Cano en “Carlismo en Salamanca en el Sexenio. Notas sobre un movimiento “marginal”. *Studia historica. Historia contemporánea*, nº4 (1986), págs. 33-49, destaca la gran importancia relativa dentro de su adscripción al carlismo de los propietarios medios agrícolas en relación al resto de clases representadas.

<sup>9</sup> Jaume TORRAS. “¿Contrarevolució pagesa?”, en Jordi CANAL et al. *El carlisme, sis estudis fonamentals*. Barcelona, L'Avenç, 1993, págs. 81-105

comprensión del mundo<sup>10</sup>, vitales para entender el rechazo al liberalismo. En ambos casos se estaba pensando, de todos modos, más en sociedades tradicionales que en entornos urbanos modernos. Pero, ¿cómo aplicar los planteamientos de Torras a la Segunda Guerra Carlista, cuando en 1870 observamos a importantes sectores de la sociedad urbana, por ejemplo, de Madrid, implicados en la contrarrevolución carlista?

A la aproximación que podemos llamar “antropológica” de Jaume Torras le sustituyeron en fechas posteriores, en cuanto al análisis del universo mental del carlismo, dos distintos métodos historiográficos:

El enfoque predominante en la historiografía española ha sido el del pensamiento político y al sujeto de este pensamiento, en términos generales, se le ha denominado “tradicionalismo”. Desde este punto de vista, el conflicto producido se resumiría en el choque entre dos o más ideologías políticas. En este tipo de metodología, se atiende a los escritores considerados “tradicionalistas”, a la influencia entre ellos, encuadrándolos en su contexto y resaltando sus influencias en los protagonistas posteriores. Es una aproximación a partir de autores de referencia<sup>11</sup>.

La siguiente aproximación es seguida por Vicente Garmendia en exclusiva. El autor incluye no sólo las ideologías políticas, sino que abarca también otro tipo de creencias o visiones del mundo. Esta última aproximación incluye, además de lo político, las concepciones generales sobre los avatares del hombre (religión, educación, costumbres, familia, por ejemplo) y sobre todo entiende la ideología como un fenómeno colectivo, como una construcción social elaborada tanto por los

<sup>10</sup> Julio AROSTEGUI. “El carlismo y la guerra civil”, en *Historia de España*, nº XXXIV. Madrid, Espasa Calpe, 1981, pág. 80

<sup>11</sup> Como referencias principales: Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS. *Historia de las derechas españolas de la Ilustración a nuestros días*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. A. RIVERA GARCÍA. *Reacción y revolución en la España liberal*. Madrid. Biblioteca Nueva, 2006. J.L VILLACORTA. *La derrota intelectual del carlismo. Aparisi y Guijarro frente al siglo*. Instituto Diocesano de Teología Pastoral y Editorial Desclee de Brouwer. Bilbao, 1990. M.C. ROMEO MATEO. “¿Qué es ser neocatólico? La crítica antiliberal de Aparisi y Guijarro”. En *Por Dios, por la Patria y el Rey. Las ideas del carlismo*. Estella. Gobierno de Navarra, 2010. Págs. 131-163. Una introducción en J. ANTÓN y M. CAMINAL (coord.). *Pensamiento político en la España contemporánea, 1800-1950*. Madrid, Teide, 1992. Sobre los orígenes: Javier HERRERO. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1973. Jesús MILLÁN. “La nación desde el antiliberalismo. Patria y monarquía en Lluís M. de Moixó”. *Alcores*, nº17 (2014), págs. 55-74

protagonistas insignes como por los desconocidos<sup>12</sup>. Se acerca así a lo que se ha denominado también “mentalidades”. Desde este punto de vista, por tanto, el conflicto se habría producido por el choque de mentalidades sucedido durante el Sexenio.

En cambio, nuestro instrumento para aproximarnos a las raíces del conflicto es el lenguaje y el objeto de estudio específico será lo que se ha dado en llamar *discurso contrarrevolucionario*. El análisis del discurso parte del presupuesto de que es el lenguaje el que *construye* el mundo, es decir, que el hombre posee unas estructuras lingüísticas (como diría Torras o Aróstegui<sup>13</sup>: mentales) ya en forma de *conceptos*, ya en forma de *relatos*, que pre condicionan el resultado de su observación. Estas estructuras mentales son una construcción social, no son resultado de una creación individual y por tanto se conforman y se reproducen dentro de un *grupo* (en nuestro caso, la Comunión Católico-Monárquica). Es el grupo el que toma unos determinados conceptos, cuyo significado mantiene, adapta o transforma no sólo para entender la realidad sino también para incidir sobre ella. Los conceptos se aceptan o moldean intencionadamente y se articulan o encadenan en redes, apoyándose y complementándose mutuamente. Como definió Miguel Ángel Cabrera, el discurso es “una configuración estructurada de conceptos que están conectados entre sí”<sup>14</sup>. O, como afirmaba Rom Harré: “La realidad para la gente es lo que la gente construye como real, y esto lo hacen en gran parte mediante el texto y el habla. Y como no tenemos acceso directo a sus mentes, es mejor que nos centremos en esos mismos discursos. Y no sólo como meras expresiones de esas mentes, sino más bien (...) [para descubrir] sus preocupaciones, problemas y estrategias para producir sentido”<sup>15</sup>.

Este planteamiento metodológico nos servirá mejor para abordar los objetivos de este trabajo: el descubrimiento, a través del discurso contrarrevolucionario, de las preocupaciones, problemas y anhelos de aquellos que sintieron en los acontecimientos

---

<sup>12</sup> Vicente GARMENDIA. *La ideología carlista (1868-1876). Los orígenes del nacionalismo vasco*. Zarautz, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1985.

<sup>13</sup> J. TORRAS, “¿Contrarrevolució pagesa?”... *op. cit.*

<sup>14</sup> Miguel Ángel CABRERA. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Cátedra, 2001, pág. 54

<sup>15</sup> Lupicinio ÍÑIGUEZ RUEDA (Ed.). *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona, UOC, 2006, pág. 16.

de 1868 una seria amenaza al mundo que habían conocido y que finalmente les llevaron a ver en la guerra la única salida posible.

La suposición de que existe un conflicto dialéctico en lo ideológico-cultural plantea un problema, porque, ante esta avalancha de cambios sucedidos a partir de 1868 ¿cuáles de ellos les afectaron y en qué medida lo hicieron? Debemos por tanto desagregar los factores y conocer el impacto que tuvo cada uno de ellos en el universo perceptivo del grupo. Así, las preguntas pueden ramificarse en varias direcciones:

¿Fue acaso la misma democracia, con el sufragio universal, la libertad de asociación y reunión, la que sublevó a ciertos sectores que vieron en ella el peligro de las masas ante la antigua primacía de las “clases medias”? Una posible hipótesis sería que la propia democracia, con el presupuesto teórico de igualdad que impone, puso en cuestión los fundamentos de una sociedad jerárquica basada en concepciones patriarcales y autoritarias del mundo.

¿O fueron los tímidos (desde nuestra perspectiva actual) intentos de separación Iglesia-Estado, la ruptura de la “unidad religiosa” o las leyes anticlericales los que hicieron pensar a una parte de la población española que el orden, la civilización, su propia existencia eran incompatibles con el nuevo régimen?

¿Contaron otros factores que pudieron contribuir al estado de opinión catastrofista y apocalíptico que llevó a una nueva guerra civil? ¿Qué factor jugó la cuestión romana y el resto de acontecimientos internacionales como, por ejemplo, la Comuna de París?

Como veremos, el discurso fue variando en tono y color a lo largo de este periodo (octubre 1868-abril 1872) en gran parte en función de la percepción de estos acontecimientos. Las diferentes formas de reacción nos ayudarán, por tanto, a entender la psicología social del mundo católico-monárquico y las causas subjetivas del conflicto.

Para empezar a conocer estas percepciones, nos centraremos en dos periódicos de tirada nacional y origen neocatólico, convertidos al carlismo con la caída de Isabel II: *El Pensamiento español* y *La Regeneración*. Nuestra intención es estudiar a aquellos grupos que vieron en el carlismo la salida a la crisis, es decir, acercarnos al



universo del “conservadurismo sociológico” más escorado a la derecha de las clases urbanas capitalinas. Por el contrario, no hemos elegido centrarnos en los carlistas “de siempre”, en aquellos que pudieron llevar en el código genético de su organización la necesidad de “tirarse al monte”, la solución de la vía insurgente (la permanente “vocación guerra civilista” de que habla González Calleja). Nos interesan más los que llegaron, los que hicieron del carlismo algo importante en 1869 y lo sacaron de su situación marginal, no los que, por lealtad, tradición grupal o familiar o por otras razones siempre se mantuvieron fieles. Ni tampoco nos hemos fijado en el ámbito rural ni en otros focos carlistas, el País Vasco, sin ir más lejos. Por tanto, las conclusiones de este estudio no pueden ser sino parciales, a la espera de que sean contrastadas con otros análisis en estos ámbitos.

Nos concentraremos así en *El Pensamiento español*, periódico de pensamiento neocatólico creado en 1860, coincidente por tanto con la fecha en que esta tendencia deja de representar un mero sector de opinión dentro del partido moderado para constituirse como grupo organizado. De hecho, el cabecilla de esta fracción, Cándido Nocedal, tenía una gran amistad con los promotores del proyecto, en especial con el que acabaría siendo el director y principal figura intelectual del periódico, Francisco Navarro Villoslada, amistad que se mantendría a lo largo del tiempo.

En los artículos tras su fundación ya dejó bien clara su intención, que resumía en dos ámbitos relacionados: defender el catolicismo y el principio de autoridad. La crisis y caída de Isabel II movió a los neocatólicos, y también a *El Pensamiento español*, a reconocer a Carlos VII, aunque siempre sostuviera su independencia de opinión de cualquier partido concreto o de sus representantes. El periódico pronto se convirtió en el principal y más reputado órgano de expresión del mundo neocatólico. En número de lectores llegó a alcanzar en esta etapa un representativo tercer puesto en todo el país<sup>16</sup>. No tendría, sin embargo, una vida demasiado larga, pues en su primera etapa duró hasta el 31 de diciembre de 1873, no por razones internas, sino porque el Ministerio de Gobernación, avanzada ya la guerra carlista, decidió cerrar todos los

---

<sup>16</sup> Ver Vicente GARMENDIA. “Notas para un estudio de la prensa carlista” en Manuel TUÑÓN DE LARA et alia: *Prensa y sociedad en España (1820-1936)*. Madrid, Edicusa, 1975, págs. 207-221. César ALCALÁ, “Periódicos católico-monárquicos (1868-1876)”. *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 2003, 18/1 (Nº 51), págs. 31-38. José EXTRAMIANA, *Historia de las guerras carlistas*. San Sebastián, L. Haranburu, D.L. 1979. 2 vol. Vol. II, págs. 257-277.

periódicos afines al movimiento. Volvió a surgir muchos años más tarde, en 1919, con una vida aún más breve, pues duraría hasta 1922, año que sí constituiría el final definitivo de su andadura.

Hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de los artículos de *El Pensamiento español* son anónimos, por lo que nos es imposible hacer un análisis de autor, aunque sabemos que la línea editorial era dirigida por Navarro Villoslada y muchos de los artículos de opinión escritos por su propia mano. Tampoco era nuestra intención hacerlo, pues en el análisis del discurso la finalidad es descubrir los comunes denominadores de las percepciones y las intenciones del grupo.

El segundo periódico investigado ha sido *La Regeneración*, diario fundado algo antes, en 1855, por los hermanos Felipe y José Canga Argüelles. De entre sus redactores destacó Serafín Álvarez o Juan de Vildósola, que desde 1865 sería su director, aunque el autor más conocido e influyente que escribió en sus páginas fue Antonio Aparisi y Guijarro. En opinión de Begoña Urigüen, siempre fue el periódico más cercano al carlismo y al pensamiento político de Balmes<sup>17</sup>. Desde 1866 será ya netamente carlista.

## **2. El discurso en su evolución**

### **2.1 Antecedentes**

Para una comprensión cabal de los hechos debemos remontarnos unos años atrás y acercarnos al reordenamiento de las fuerzas conservadoras del país. Por un lado, es preciso contemplar a los carlistas que, desde su derrota en la Primera Guerra (1833-1840), se habían convertido en un partido marginal y con escasa voz en la vida política. Por otro lado, hay que seguir a los neocatólicos, fracción dentro del partido moderado que en la segunda mitad de la década de 1850 se habían ido separando paulatinamente del sector dominante del moderantismo en defensa del catolicismo a ultranza y en su rechazo a toda transacción con el liberalismo (doctrinarismo).

---

<sup>17</sup> María Begoña URIGÜEN GONZÁLEZ, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neocatolicismo*. Madrid, CSIC, 1986, págs. 175 y ss.

Al menos desde 1860 se observa su constitución como grupo netamente independiente de la mayoría<sup>18</sup>. A pesar de las concesiones de la reina a un sistema político liberal que rechazaban, habían permanecido fieles a su persona durante años. Y lo hicieron mientras creyeron que con ella se cumplía el doble objetivo de gobernar “en católico” y detener la “revolución”.

Sin embargo, el 15 de julio de 1865 la reina Isabel II sanciona el reconocimiento de las Cortes al reino de Italia, lo cual tiene un impacto inmediato en su cambio de estrategia política. Para los neocatólicos el reino italiano se identifica sin ambages con la “revolución”, por lo que muchos de ellos, no sin debate interno, abandonaron su lealtad a la reina y se acercaron de forma ostensible al carlismo. La ruptura se consuma ya sin discusión el día en que los cañones de Alcolea apartan a la reina del trono español. Isabel II no sólo había reconocido al reino que amenazaba al papa, sino que no había logrado frenar la revolución de 1868. Entiéndase: no había cumplido con las dos condiciones que este sector de opinión le exigía de manera implícita. El neocatolicismo acabaría por decantarse por Carlos VII, el por entonces pretendiente carlista<sup>19</sup>.

Carlistas y neocatólicos se unen tras la Septembrina en una nueva formación a la que denominan Comunión Católico-Monárquica. Sin embargo, la fusión transforma al antiguo partido carlista no sólo desde el punto de vista de sus integrantes sino también de sus estrategias, pues acabará pareciéndose más a su nuevo aliado que a sí mismo. Así, se relega la solución insurgente, se opta por la vía política legal e incluso por primera vez el nuevo partido se presenta a las elecciones<sup>20</sup>.

La transformación interna del partido es completa. La nueva Comunión recibe la aportación de la muy formada intelectualidad neocatólica, muchos de cuyos miembros son excelentes publicistas o incluso oradores (Cándido Nocedal, Navarro Villoslada,

---

<sup>18</sup> Para conocer paso a paso este proceso, ibídem págs. 127-159

<sup>19</sup> En relación a los últimos años de reinado de Isabel II conviene la lectura de la tercera parte de Isabel BURDIEL. *Isabel II: una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010, en especial sus capítulos V y VI.

<sup>20</sup> Sobre las distintas alternativas del movimiento carlista entre lo electoral y lo militar, ver Lluís TOLEDANO. *Entre el sermón i el trabuc...op.cit.* Sobre la movilización electoral del periodo ver Ángel BAHAMONDE MAGRO, Ángel. *España en democracia: El Sexenio, 1868-1874*. Madrid. Temas de Hoy, 1996. Rosa GUTIÉRREZ y Rafael ZURITA, "Canvi polític i mobilització electoral en la revolució del 1868". *Recerques*, nº39 (1999), págs. 31-54.

Aparisi y Guijarro, Antonio Juan de Vildósola, Valentín Gómez, Gabino Tejado, etc.). El resultado es una presencia pública notoria, que toma alas a raíz de otro fenómeno encadenado: el nuevo medioambiente político permite y fomenta el desarrollo y el crecimiento del periodismo, que sufre un *boom* sin precedentes. Los católico-monárquicos no se quedan atrás en este proceso. En toda España ven la luz más de 160 nuevas publicaciones periódicas cercanas al carlismo<sup>21</sup>. A ello se sumarán folletos o catecismos políticos, los nuevos instrumentos utilizados de manera masiva por doquier en aquella ampliada esfera pública<sup>22</sup>. La vía insurreccional ha quedado arrumbada a favor de una nueva estrategia, que parece seguir la máxima de Donoso Cortés: “En cuanto a la manera de combatir, no encuentro más que una que pueda dar hoy provechosos resultados: el combate por medio de la prensa periódica”<sup>23</sup>. El carlismo había dejado de ser “montaraz”<sup>24</sup>.

Estos cambios son fruto de una transformación mucho más de fondo: el nuevo carlismo nacido con el Sexenio ya no es aquel carlismo rural (que no agrario) de la primera mitad del siglo, sino un nuevo fenómeno urbano al que se han sumado clases acomodadas y burguesas antaño más extrañas al movimiento. Parte de aquellos sectores que se había entendido como los principales beneficiados del liberalismo, y sus principales sustentadores, ahora veía en el antiliberalismo su apuesta de futuro.

El resultado inicial es prometedor. En enero de 1869 se alcanzan 20 diputados que llegan hasta los 51 en las elecciones de agosto de 1870. La práctica desaparición de los moderados convierte a los políticos partidarios de Carlos VII en la única opción conservadora opuesta de raíz a la creación política heredera de la revolución de 1868.

Sin embargo, la estrategia legalista dura poco. Tres años y medio después, la Comunión Católico-Monárquica, que había aceptado estrategias políticas y movilizadoras liberales, por mucho que negara la naturaleza del régimen, finalmente

---

<sup>21</sup> Ver Vicente GARMENDIA. “Notas para un estudio de la prensa carlista” .... *op. cit.*, págs. 207-221.

<sup>22</sup> Véase el capítulo “La ampliación del mercado político. Teoría y práctica del sufragio universal” en Ángel BAHAMONDE, Jesús. A MARTÍNEZ. *Historia de España. Siglo XIX*. Madrid, Cátedra, 1998, págs. 547-553.

<sup>23</sup> HIBBS-LISSORGUES, Solange. “Prensa neo-católica e integrista y propaganda político-religiosa de 1868 a 1900” en *Presse et pouvoir en Espagne, 1868-1975*. Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 1996, pág. 172.

<sup>24</sup> ARÓSTEGUI, J. *El carlismo alavés y la guerra civil... op. cit.*, pág. 255.

acabará por rechazar la vía legal y apostar por la tradicional vía insurgente. ¿Qué había sucedido?

Para explicarlo, pasamos ahora a describir la evolución del discurso contrarrevolucionario de los periódicos cercanos a la Comunión. Nuestro periodo de estudio discurre entre octubre de 1868 y abril de 1872, momento en que se produce el definitivo levantamiento carlista. Entre esas dos fechas hemos detectado tres tipos de subdiscursos en los periódicos neocatólicos, a los que hemos denominado, *valle*, *meseta* y *pico*. Corresponden cada uno a un periodo específico en el que destacan por su protagonismo. La transición del primero al segundo es muy rápida. Sólo en la transición entre el segundo y el tercero conviven dos tipos de discurso durante varios meses (ver cuadro 1) hasta que desde julio de 1870 ya podemos considerar al subdiscurso “pico” como predominante.

## **2.2. El subdiscurso valle**

Se trata del subdiscurso menos importante de los tres en términos temporales. Su periodo de predominio es extraordinariamente breve, pues sólo prevalece en octubre de 1868, es decir, durante el primer mes después de la revolución de septiembre.

Durante octubre, el sentimiento dominante es la *prudencia*, la reserva y un temor sosegado y expectante. En los textos se atiende a la crítica racional de las reformas políticas y en ellos impera la *ironía* como estilo literario, mediante la cual se intentan destacar las contradicciones de sus oponentes, hacia los que incluso en alguna ocasión se rechaza el calificativo de “enemigos”. En términos políticos proliferan mucho más los ataques al doctrinarismo que a la propia democracia, así como las menciones al respeto a la legalidad vigente.

El desencadenante del discurso es el cambio político. Se temen las reformas religiosas, pero estas todavía no serán protagonistas de los textos de este primer mes. En cambio, sí lo serán las reformas políticas que aparecen en los medios como proyectos fundacionales de las fuerzas revolucionarias y por tanto con todos los visos de realizarse. Hay que recordar que durante estas semanas rige los destinos del país

un gobierno provisional previo al salido de las elecciones de enero de 1869. En cualquier caso, es llamativa la poca alarma que suscitan estas posibles reformas. El 9 de noviembre se decretará la ley sobre el sufragio universal y el 10 de noviembre la ley de imprenta, de reunión y de asociación. Su inminente implantación legislativa no suscita el ataque directo de los periódicos neocatólicos.

Por el contrario, las novedades se aceptan de una manera un tanto cínica, sólo se pide “coherencia” o “lógica”. No se puede defender la libertad de asociación por un lado y por el otro prohibir las actividades de la Compañía de Jesús, se argumenta. No se puede, aún menos, promover medidas anticlericales (extinción de algunos conventos o casas de religiosas, derribo de unas pocas iglesias) cuando la absoluta mayoría de la población española es católica. Si se quiere sufragio universal, entonces que se pregunte a los españoles sobre estas medidas, replican con sorna los periódicos estudiados. “Lógica, sólo pedimos lógica”, repiten.

El tono dominante es irónico. Mediante la denuncia de las supuestas incoherencias del discurso revolucionario, los católico-monárquicos pretenden demostrar las contradicciones inherentes a este, *in totum*. Las palabras más importantes durante este subdiscurso son *lógica*, *contradicción*, *absurdo*, *inconsistencia*. Para describir este tono literario utilizaríamos un símil atmosférico: el subdiscurso se caracteriza por el claro-oscuro, como un cielo de nubosidad variable.

Como parte de este tono irónico, aunque con una variante mucho más corrosiva, hay que encuadrar durante estos primeros meses los artículos de Aparisi y Guijarro. En ellos anticipa el abismo al que llegará la “democracia”, la “libertad”, el “gobierno del pueblo”, todos esos objetivos tan aparentemente loables que pregona el nuevo régimen y de los que nuestro autor se mofa previendo un fin seguro y trágico. “Tú serás rey de pocas horas, rey de un día, que desaparecerá ante las oleadas de multitudes”, anticipa dirigiéndose a Nicolás María Rivero<sup>25</sup>, político demócrata y alcalde de Madrid. “Llamasteis pueblo al rey y el pueblo le ha venido ganas de ser rey”. Un día después, como si se le hubiera quedado algo en el tintero insiste en otro artículo: “A los gritos de esas muchedumbres os turbaréis, vacilaréis y... caeréis. No

---

<sup>25</sup>LR, 25-11-1868.

hay remedio”; “se soltarán los vientos y no extrañéis las tempestades. Se sembró... se cogerá”.

Casi un año después, el 13 de noviembre de 1869, Aparisi continuará con sus burlas proféticas: “La república unitaria, a la vuelta de 3 meses, es república federal; y la república federal, a la vuelta de tres días, será anarquía y socialismo... ¡qué gozo! Viviremos en el caos, no lejos del infierno”, comenta, con no poco acierto. Y aún va más allá: “por los caminos del liberalismo en que andamos hace muchos años, irremediabilmente y fatalmente se llega a la república, que será en España anarquía y socialismo”. Es la teoría del plano inclinado, según la cual todo abandono del principio de autoridad católico conduce al caos.

Más allá de la sospecha de que la Septembrina puede acabar como el rosario de la aurora, las manifestaciones inconscientes y también las conscientes refuerzan la idea de que los neocatólicos no están percibiendo el momento con profunda alarma: “no creemos que haya peligro hoy por hoy”, reconoce *El Pensamiento español* el 13 de octubre. El 16 de octubre llega a establecer ciertos tímidos puentes con el gobierno constituido: “nunca hemos sido sistemáticos enemigos de ningún gobierno, y no los somos tampoco de este que hoy nos manda”. Esta afirmación significa que todavía no se ha traspasado la peligrosa línea que divide al contendiente del enemigo, según la concepción de Julen Freund<sup>26</sup>.

El 19 de octubre el periódico cifra sus esperanzas en la movilización de todos los católicos en contra de las medidas anticlericales de las juntas revolucionarias o del gobierno provisional (de hecho, convivieron ambos poderes hasta el 21 de este mismo mes) aunque “sin traspasar jamás el límite de la ley”, toda una firme declaración de principios de respeto al orden constituido cuya repetición echaremos en falta de entonces en adelante.

Pero esta relativa calma en la percepción de los hechos por parte de los neocatólicos iba a durar poco. El 27 de octubre notamos ya un cambio de tono, que se convertirá en el dominante durante un periodo que prácticamente abarcará los siguientes dos años. Solamente con motivo de los debates sobre la nueva constitución

---

<sup>26</sup> Julen FREUND. *Sociología del conflicto*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1995

en la primavera siguiente (que sería aprobada finalmente el 6 de junio de 1869) percibiremos que vuelve momentáneamente el tono irónico a los textos católico-monárquicos, lo cual refuerza nuestra idea de que las nuevas libertades democráticas del Sexenio no provocan entre ellos más que una reacción dominante: mofa.

### **2.3. Subdiscurso “meseta”**

Al segundo subdiscurso, que aparece a finales de octubre, le denominaremos “meseta”. El desencadenante claro son las medidas anticlericales del gobierno y no las medidas democratizadoras del nuevo régimen. El tono se oscurece y ya muy raramente se volverá a aclarar (símil de un cielo nuboso cerrado). En él predomina un sentimiento de *pesar*, de desdicha contenida, de gravedad. En la crítica ya no hay ironía, sino una *argumentación* estructurada y sistemática, que, sin embargo, es completamente racional. Es el discurso dominante desde noviembre de 1868 hasta julio de 1870.

Con toda precisión y con fecha 27 de octubre de 1868 asistimos al cambio de rumbo. En un artículo titulado “La barbarie y el fanatismo” se habla sobre la “destrucción de templos” con términos como *asolación, ruina, desmanes, atropellos, matanzas*. La “revolución” ahora se relaciona con *fanatismo y muerte*. Un sustantivo aparece y aparecerá de ahora en adelante con gran carga simbólica: *piqueta*.

El día 28 se critica la expulsión de sus hogares de monjas ancianas, tullidas e indefensas, calificativo que surge a menudo en este tipo de descripciones. Desde este día se sucederán los términos que aluden a la intromisión violenta en el ámbito de lo religioso: *sacrilegio, profanación o blasfemia*.

Durante el mes de noviembre nos acostumbraremos a las descripciones de iglesias cerradas o derribadas, de monjas o casas de religiosos expulsados de sus alojamientos. Los redactores ponen el foco en los detalles truculentos que pueden quedar en la retina de los lectores por su fuerte impacto: una virgen con un cigarrillo en la boca u otra arrastrada con una soga al cuello. Hay “derribo de altares” y se llega a hablar de “persecución de sacerdotes”. Se accionan dos mecanismos que descubriremos asociados: por un lado, se percibe un sentido y honesto choque



traumático como resultado del trastorno de la “pax católica” (melancolía de un mundo unificado y estable en torno a un principio universal y eterno) pero, por otro, se observan claros intentos de exageración y manipulación. Con motivo de los derribos de iglesias en noviembre de 1868, los periódicos hablan de “reducir a escombros la ciudad monumental” (Sevilla), de “devastación” y de un país (Andalucía) “cubierto de ruinas”<sup>27</sup>. Tales exageraciones, o falsificaciones, duran varios meses. En febrero del año siguiente todavía se asegura que “en Madrid, Barcelona y Sevilla, en Zaragoza y Valencia no se respira más que el polvo de las sagradas ruinas”.<sup>28</sup> Ateniéndonos a los hechos, sin embargo, De la Fuente Monge ya indicó que las acciones anticlericales violentas fueron francamente escasas durante la Septembrina y en los meses posteriores<sup>29</sup>.

Se acaba la ironía, los juegos lógicos, las alusiones a Séneca. El tono se oscurece, como corresponde a hechos considerados luctuosos. Se hacen frecuentísimos en los artículos los siguientes términos, que marcan el tono del discurso: *lagrimas, dolor, quejas, infortunios, desolación, desgracia, triste, espanto, pesadumbre, desventura*: “cada paso es un dolor, cada momento un peligro y cada palabra un suspiro”. El otro campo semántico dominante, aunque en segundo término, es de nuevo el asociado con estados de falta de paz y reposo: *intranquilidad, desorden, guerra, discordia, barbarie...*

Relacionado con este vocabulario de pesadumbre, aparece un discurso providencial en el que se explica que todos estos males que pasa la Cristiandad se deben a los pecados cometidos, y en concreto a uno: el doctrinarismo, error político de algunos católicos con la vana intención de aplacar al liberalismo. La “revolución” y sus excesos religiosos son un “castigo” por la falta de intransigencia en los principios y en las verdades de Dios, pero también una dura “prueba” que deben pasar los católicos. De este periodo y de esta expiación se llegará a un nuevo tiempo en el que volverá el reino de Dios, pues Este siempre acabará venciendo. La intencionalidad política de este discurso providencial es obvia. Por un lado, un duro ataque al doctrinarismo, por

<sup>27</sup> EPE, 21-11-1868

<sup>28</sup> EPE, 22-2-1868.

<sup>29</sup> Gregorio DE LA FUENTE MONGE. “El enfrentamiento entre clericales y revolucionarios en torno a 1869”. *Ayer*, nº 44 (2001), págs. 127-150.

otro, un razonamiento teleológico en el que el reino prometido viene asociado a las posiciones políticas representadas por los católico-monárquicos.

Aparte de estos argumentos providencialistas que pretenden colocar los hechos y sucesos en un plano no terrenal, sorprende que, en contra de lo que se pudiera esperar, los textos de este subdiscurso rara vez se eleven hacia lo apocalíptico, y menos aún hacia lo trascendente. Muy al contrario, son meses es que se aportan verdaderas disquisiciones teóricas, algunas muy razonadas, como si de una tesis se tratara, sobre los abundantes temas que les preocupan a los neocatólicos. Es la época de los debates sobre lo que será la Constitución de 1869, en los cuales los católico-monárquicos ponen toda la carne en el asador para evitar el fin de la unidad religiosa. En las Cortes se suceden debates que se transcriben en los periódicos, muchos de un alto nivel intelectual, entre los partidarios de una u otra opción. Los periódicos se hacen eco de estos debates o los matizan o amplían. También son habituales las alusiones, replicas y discusiones de los periódicos entre sí. No se discute sólo de la unidad religiosa, también se hace sobre la libertad de enseñanza o posteriormente sobre el matrimonio civil. El tono suele ser académico, en ocasiones porque los debates se producen entre los propios académicos. Las alusiones a los discursos de los catedráticos o diputados krausistas alcanzan una gran altura intelectual y en ocasiones se reproducen por extenso<sup>30</sup>. Predomina en ellos lo argumentativo y lo racional. Se puede apelar a lo maniqueo y a los sentimientos cuando se describen, por ejemplo, los derribos de iglesias, pero el tono dominante tiende a la morigeración, rara vez a lo pasional. (Como veremos, el tercer subdiscurso estará dominado por lo pasional, se reducirán las reflexiones y se puede decir que desaparecerá el deseo de exponer argumentos y de *convencer* al oponente. En cierto modo, hablamos del subdiscurso de un clima prebélico, al menos sentido así entre los católico-monárquicos).

Llamativamente, las importantes iniciativas democráticas que también se discuten en los debates constituyentes, no suscitan gran interés y pasarán prácticamente desapercibidas en comparación con los debates de las leyes religiosas. En la democracia se observan buenas intenciones, sólo la forma de aplicación propuesta se considera reprobable (parlamentarismo liberal). Sobre el sufragio

---

<sup>30</sup> EPE, 4-11-1868.

universal, los interesantes debates de las Cortes protagonizados por Cánovas del Castillo o Sagasta pasan sin pena ni gloria. Aunque cabe deducir que las leyes democratizadoras no se encuentran entre las más graves preocupaciones de la Comunión, también hay que tener en cuenta el contexto político: el nuevo carlismo cifra sus esperanzas en la estrategia electoral en previsión de unos buenos resultados en las urnas. Y así es: en las primeras elecciones de enero del 69 los católico-monárquicos consiguen 20 diputados. En las elecciones siguientes el número crecerá aún más. La democracia del Sexenio, paradójicamente, no le vendrá nada mal al carlismo.

Es esta la época también del discurso nacional-católico. Al defender la unidad religiosa, uno de los argumentos más utilizados será la tradición católica y también el papel católico del país en la Historia. No se puede entender España ni a los españoles sin el catolicismo. Por eso, la pérdida de la unidad religiosa representa otro atentado de la "revolución" no sólo contra el catolicismo en sí, sino también contra España. Si esto es importante como comprensión de la historia, más lo es como ingrediente identitario, porque el nacional-catolicismo construye las identidades colectivas y también individuales de gran parte del conservadurismo de la época. En este sentido, la ruptura de la unidad religiosa supone un atentado también en contra de la auto-imagen de muchos conservadores que ansían la vuelta al orden. Algunos, tanto, que podrían estar dispuestos a soluciones extremas ingresando en la Comunión Católico-Monárquica.

Lo paradójico de esta etapa es que, aunque los temas del debate sean eminentemente religiosos, los argumentos son terrestres y racionales. Todo lo contrario que en el caso del siguiente subdiscurso.

#### **2. 4. Subdiscurso “pico”**

Este tercer subdiscurso, que calificaremos de “pico”, sufre un crescendo radical y claramente discernible en el tono. Del discurso racional y argumentativo se pasa a uno sentimental, incluso visceral, arrebatado, pleno de imágenes y símbolos. El enfoque es más descriptivo y *poético* que argumentativo, y en él se dibuja un país, España, una sociedad y un orden en peligro de muerte. El discurso deviene

apocalíptico y salvífico. Prolifera el lenguaje guerrero, a través del cual se dilucida una lucha de corte trascendental entre el Bien y el Mal. Los sentimientos dominantes que transmiten los textos son el *miedo* o la *ira*. Como símil climático nos sirve la tormenta.

Ya el 19 de diciembre de 1868 encontramos un primer texto de este tipo en *El Pensamiento Español* (ver primera página de la introducción), cuyo detonante fue el nuevo levantamiento republicano en Cádiz. El tono se encrespa, se torna agresivo y apocalíptico: se habla de “calamidad”, de “guerra civil”, de caos; se utilizan símiles climáticos: “tempestades”; se acude a alusiones históricas (“Atila”), literarias (“Dante” y su “infierno”); el lenguaje deviene trascendente y bíblico. Entreverado con este grito de angustia, algunos de los mensajes políticos recurrentes del carlismo: “España [se ve] desgarrada de banderías políticas”, se asegura, entre críticas a los partidos, entre alusiones a la “disolución” del país.

Pero el mayor interés del artículo se atesora en sus párrafos finales: “Qué angustia de tiempos! ¡Qué siglo actual (...) ¡La guerra general, la guerra universal! (...) Medio mundo luchando contra medio mundo!”, se queja. Los sucesos de Cádiz, como vemos, no se entienden sólo en clave local, sino en el contexto de una “guerra universal”. Se alude, para dar ejemplos concretos, a las guerras de Estados Unidos, de Rusia, de Prusia. Pero lo particular, como vemos, es sólo una mota de polvo en el sentido providencial del devenir del mundo, porque ni siquiera se critica sólo la “civilización moderna”: el mal viene de mucho antes: “tres siglos de protesta contra la Iglesia necesitan de una expiación terrible”, se sostiene. Desde la Reforma, la humanidad necesita un castigo a este pecado inefable, que, por otro lado, en los últimos tiempos no ha sido el único signo de desafío a Dios. Dios ha enviado este siglo cargado de guerras y tormentas como “expiación del protestantismo, de la revolución de 1789 y hasta del liberalismo actual”. Dos años antes de que el discurso de la contrarrevolución española sea dominado completamente por este lenguaje, nos encontramos con esta anticipación que predice que las insubordinaciones a Dios iniciadas en los tiempos de Lutero y continuadas por las revoluciones del presente siglo necesitarán de una expiación terrible en forma de una guerra definitiva “precursora del fin del mundo” en la cual, se entiende, vencerán los ejércitos cristianos

y llegará el “principio de la paz de la Iglesia”. Veremos en breve la importancia de esta concepción.

Pocas veces se muestra con tanta evidencia cómo los esquemas culturales, las estructuras narrativas previas, dan forma al mundo de lo real. Los católico-monárquicos están leyendo su presente a partir del filtro mental de un libro ya escrito en la Biblia: el Apocalipsis. Sólo les quedará un paso: convertirse en los “elegidos” del Libro, es decir, interpretar los sucesos, construir el mundo no sólo con una clara intencionalidad identitaria, al trazarse los últimos rasgos de la autoimagen de grupo, sino también con fines de movilización política, pues mediante esta auto asimilación a roles bíblicos la Comunión legitimará su futuro cuestionamiento de la legalidad revolucionaria.

Pero la elevación del tono hasta este punto dura lo que resuenan los ecos de las insurrecciones de diciembre, no más allá de primeros de enero. Durante la primera mitad de 1869 el discurso corre por los derroteros descritos en el apartado anterior.

No es hasta julio de este año cuando observamos un nuevo *in crescendo* en el lenguaje. El motivo en este caso no es una degradación del orden público, sino curiosamente del orden político: la conciliación de progresistas, unionistas y demócratas sufre una primera grieta. El impacto sobre las conciencias de los católico-monárquicos es inmediato. El 7 de julio regresa el lenguaje grandilocuente de resonancias bíblicas. El Pontífice, como si del Yahvé del Antiguo Testamento se tratara, lanza sobre los hombres “rayos del cielo” y vuelven a caer sobre la Tierra plagas en forma de *vandalismo*, *inmoralidad*, “destrucción total de la sociedad”, etc.

El ambiente ha venido enrareciéndose en los últimos días y la contrarrevolución sacará las conclusiones resultantes de las ideas preconcebidas que forman parte de los cimientos estructurales de su discurso: la crisis es el estado natural de la revolución, el caos y la anarquía la consecuencia esencial de esta, y por tanto los sucesos actuales no suponen sino la constatación obvia de las previsiones ya realizadas al calor de los humos de Cádiz. El grado de alarma se dispara, por tanto, cuando la contrarrevolución entiende que se están materializando las premoniciones precedentes. El carlismo español vuelve a utilizar un lenguaje trascendente y entra en un estado de efervescencia casi mística en consonancia con unos sucesos que

considera providenciales, es decir, cuando cree que la mano de Dios ha tocado los hechos terrestres, cuando siente que se confirman los presagios de castigo divino (disensiones, caos político, en este caso) que anteriormente ha enhebrado su propio grupo o, dicho de otra manera, cuando ve confirmado el relato previo mediante el que ha prefigurado la cadena de acontecimientos.

El mundo de la Comunión parece ansioso de confirmar la verdad de su narración. Hasta el momento, la “revolución” le ha suministrado poco material en bruto para hacerlo, así que basta una pequeña crisis de gobierno para que se produzca este cambio de estado en la sensibilidad y las conciencias. Por primera vez, incluso, escuchamos expresiones mesiánicas en las que se manifiesta el anhelo de la llegada de un nuevo Pelayo o de una nueva Covadonga y se escriben artículos en que se explica la historia de España como una suerte de eterno retorno en el que se obedece la siguiente fórmula: pecado español: castigo divino: llegada de un salvador (Pelayo): expiación (victoria del cristianismo y de España): paz y esplendor. Hoy igual que ayer, se cuenta, cae el trono de Isabel II por los pecados cometidos durante su reinado, como antaño cayó el de Don Rodrigo. No obstante Dios nunca abandona a su pueblo y ya se escucha la llegada de un salvador que reinstaurará en España la gloria de los viejos tiempos <sup>31</sup>.

La crisis de la conciliación da paso pocos meses después a la insurrección federal de septiembre de 1869. Los periódicos, que se han tranquilizado durante unas pocas semanas, de nuevo se revuelven entre gritos de alarma. Regresa el tono, en muchos casos exagerado, en el que se describe un país atravesado por males apocalípticos y dominado por la plaga del *vandalismo*, *pillaje*, *reparto de propiedades*, *incendios*, *saqueos*, así como una visión de la “revolución” como *azote*, *bestia humana*, *castigo*, “*torrente que devasta la materia*”, *huracán*, *anarquía*, *desolación*...

Por primera vez detectamos otro ingrediente que adquirirá carta de naturaleza de ahora en adelante: los términos guerreros, que van poblando cada vez más frecuentemente el paisaje de los textos. Es más, en ocasiones aparecen en imperativo: *hay que combatir* al enemigo, hay que *desalojarle*, se debe *luchar*... Se habla, como vemos, ya decididamente de “enemigo”. Los mensajes de conciliación con el sistema

<sup>31</sup>EPE, 16-7-1869

político de la revolución que observamos en la primera etapa han desaparecido por completo. Ya sólo quedan esporádicos acatamientos a la legalidad que, rodeados de un mensaje muy diferente, más bien parecen colocados para excusar los excesos del lenguaje.

El 8 de diciembre comienza el Concilio Vaticano I. La necesidad de tal reunión se explica por la “espantosa agitación mundial”, porque “los más firmes imperios se conmueven”, porque las coronas están siendo “violentamente derribadas”, por la “impiedad triunfante”, por la vuelta al “primitivo caos”<sup>32</sup>. “El concilio es paz (...) en medio de las tempestades que se suceden, amenazando con hundir a la sociedad en un abismo insondable”<sup>33</sup>.

La campaña en defensa de la verdad católica viene ya de la etapa anterior. Se trata de unos textos en los cuales los periódicos católico-monárquicos ofrecen el refugio (*asilo*) de la *verdad absoluta* que aporta el catolicismo frente a las *perturbaciones*, la *ofuscación* y la *duda* de una pluralidad de opiniones que son entendidas como *tinieblas*, si el discurso es simbólico, o incluso como *anarquía* o como *caos*.

Frente a ese mundo abierto donde se toleran verdades y mentiras, donde el bien y el mal se mezclan sin prevención hacia los débiles y sin gradación jerárquica discernible, los católico-monárquicos, como la Iglesia, ofrecen mediante su discurso un refugio contra el caos: “la duda es un mar agitado cuyo único puerto es la Religión”<sup>34</sup>. La Iglesia Católica y sus representantes se consideran que son los encargados de aportar “las verdades santas y únicas que puedan dar *paz* a nuestra patria”<sup>35</sup> (obsérvese la relación entre *verdad*, *único* y *paz*). El discurso católico no sólo indica una diagnosis del problema sino también una especial campaña de propaganda en la que, presumiblemente, se esperaba encontrar un público receptivo y ansioso necesitado de certezas.

---

<sup>32</sup> LR, 1-12-1869.

<sup>33</sup> LR, 10-12-1869.

<sup>34</sup> LR, 4-3-1872.

<sup>35</sup> EPE, 19-10-1868.

Motivo preferente de los ataques del discurso católico-monárquico será, en efecto, la *duda*, no sólo como principio filosófico constitutivo de la “revolución” sino también como estado psicológico perturbador. La duda no sólo sume al hombre en la intranquilidad, sino que también lo confunde moralmente, al hacerle no reconocer claramente el bien del mal. Contrariamente al liberalismo que, según su concepción, concede igual peso a lo correcto o a lo incorrecto, la doctrina católica tiene muy claro dónde reside la verdad, disuelve por tanto las dudas (que siempre tienen una connotación negativa) y ofrece un refugio de estabilidad (eternidad, inmutabilidad, perennidad), claridad (*luz*), y *paz* al que huya de la sociedad convulsa surgida de la confusión. Incluso funciona como correctivo o “medicina” al que ha sido contaminado por el mal exterior<sup>36</sup>. El catolicismo, frente al caos que trae la duda, ofrece “certezas absolutas”<sup>37</sup>. Es sintomático también que la duda, el error o la incredulidad vienen asociadas en los diferentes textos a *perturbación, lucha, desquiciamiento, disolución*. Por el contrario, la verdad de la Iglesia aparece junto a *fuerza, vigor, perennidad, paz, unión, tranquilidad, sociedad*.

El Concilio Vaticano I supone la contraofensiva católica frente a la pérdida de poder ideológico y político que sufre la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de la campaña de propaganda más poderosa que esta puede llevar a cabo para recuperar el terreno perdido. Desde todas las organizaciones afines, la recién creada Asociación de Católicos entre ellas, y desde todas las parroquias, se propagará este mensaje apocalíptico, tempestuoso y bélico. También desde los periódicos neocatólicos, claro está, que trasladarán incluso a un corresponsal para cubrir el evento, el cual les enviará desde entonces un reportaje con una periodicidad prácticamente diaria.

El impacto de la insurrección federal no supone más que un breve estallido, pues observamos que el tono vuelve a decaer inmediatamente al tipo “meseta” una vez han terminado estos sucesos, manteniendo este subdiscurso su predominancia hasta el verano de 1870. Durante estos meses, sin embargo, la cicatriz de los sucesos pasados y el desarrollo del Concilio pesan sobre el estado de ánimo de los católico-

---

<sup>36</sup> EPE, 31-5-1869.

<sup>37</sup> EPE, 23-10-1868.



monárquicos, de tal manera que esporádicamente descubrimos una elevación del tono, como un destello o una explosión.

El 20 de enero de 1870, por ejemplo, encontramos uno de los artículos más violentos de todo el periodo. Titulado significativamente “Santiago y cierra España”, comienza definiendo la revolución como una “guerra a Dios”, para a continuación legitimar la oposición a un acto de fuerza con otro acto de fuerza. Sin aparente pudor al escrutinio gubernamental, *El Pensamiento Español* llama a la guerra, como nunca se había atrevido anteriormente: existe, dice, “derecho a empuñar el acero contra la tiranía de la impiedad”. Es “la espada de la justicia contra la espada de la arbitrariedad”, es un acto de “libertad contra el despotismo”. Cuando “rugen tempestades” en una “guerra contra Dios” a nadie puede sorprender si comienza una “guerra en pro de Dios”. Por si alguien piensa que se está utilizando un lenguaje figurado, el anónimo autor no muestra escrúpulos en aclarar el malentendido: llega un momento en que la “batalla de las ideas” ha de continuarse en el “campo de batalla”. Frente a los “nuevos sarracenos *invasores*” (idea de la corrupción exterior de la esencia española) se necesita una nueva Covadonga, y acaba: “¡Guerra en pro de Dios!”, “¡Santiago y cierra España!”<sup>38</sup>.

Semejante alegato, extemporáneo al tono que le rodea, es acompañado sin embargo de artículos sueltos que nos indican que el ambiente del mundo católico-monárquico está cambiando de color. Ejemplo de ello es la evolución del discurso personal de Aparisi y Guijarro. En febrero de este año, al final de uno de sus artículos (*Discurso del señor Rústico*) la retranca y el sarcasmo de sus anteriores vaticinios han virado a un tono lúgubre. Aparece la apelación a la salvación nacional, personal y colectiva. El peligro ya está aquí o a punto de caer sobre todo el país: “las nubes se han condensado, la tierra se ha oscurecido, ya se acerca haciendo estremecer la naturaleza el gran rumor de la tempestad (...) Tiemblo por vosotros, amigos, hermanos míos, salvaos si podéis. ¡Ay de España! ¡Ay de vosotros! ¡Ay de mí!”<sup>39</sup>.

---

<sup>38</sup> EPE, 20-1-1870.

<sup>39</sup> Antonio APARISI Y GUIJARRO. *Obras de D. Antonio Aparisi y Guijarro. T. III, Artículos*. Madrid, Imp. De Folguera, 1874.

El siguiente artículo, fechado el 10 de marzo de 1870, confirma plenamente el cambio de tono, que se hace permanente hasta el día de su muerte. La diferencia con el artículo anterior es que el peligro parece no estar por llegar, sino haber llegado ya. Comienza con una afirmación categórica, con más importancia que la aparente: “En España y *en el mundo* se riñe hoy una gran batalla entre el catolicismo y el racionalismo”. Atención al vocabulario bélico que se adueña del discurso de ahora en adelante. Y el salvífico: “Nuestro objetivo capital ha de ser la *salvación* y *triunfo* de la Iglesia Católica”. En el siguiente párrafo aparecen nuevos elementos del discurso contrarrevolucionario en su estadio último: la separación dual entre el Bien y el Mal, la idea de la muerte de la sociedad tradicional, representada por los padres, incluso una apelación a la insurgencia, en principio moral o cívica, por no hablar del mensaje nacional-católico, aunque este se prodigue en cualquier ocasión: “Hay que hacer una *guerra* a las *malas* ideas y las ciegas preocupaciones (...) [necesitamos un] *levantamiento* de los que son católicos y españoles, que se arrojen a *salvar* a la sociedad que está *perciendo* y con ella la gloria de sus *padres*”. La virulencia parece ir *in crescendo* en el texto, el lenguaje bélico se hace más concreto que antes, las pasiones que expresan el odio al enemigo y la existencia de ofensas absolutamente inaceptables, se entiende que merecedoras de castigo, se explicitan: “...escribir en medio de una *lucha* continua, con el olor de la *pólvora*, con la *ira* santa que excitan en un alma generosa los innobles ataques de la difamación y las *intolerables* afirmaciones del absurdo”. El buen cristiano vive en medio del dolor, de un martirio que será redentor: “se necesita una gran fuerza del alma para sufrir tanto (...) Este drama grotesco y horrible tiene un fin altamente moral”. Y termina, muy significativamente, “y España dará un grito, ¡Señor, que nos hundimos!”<sup>40</sup>.

El establecimiento de la dominancia definitiva del lenguaje “pico” no llegará hasta el verano de 1870, por razones que trascienden de nuevo el contexto interno y que remiten al estallido de la guerra franco-prusiana.

El 18 de julio, un día antes de la declaración oficial de guerra por parte de Francia, llegan las primeras noticias a los periódicos españoles. Los rotativos católico-monárquicos no sienten simpatía por ninguno de los dos contendientes. Es más, cada

<sup>40</sup> LR, 10-3-1870.

uno a su manera son considerados “apóstoles de la civilización moderna”, incluso se piensa que los dos coinciden en sus “satánicas concepciones”. Existe sin embargo una cierta inclinación hacia Francia. *El Pensamiento Español* se alinea claramente con este país porque, a pesar de sus muchas desviaciones del camino recto, no deja de ser una nación católica que puede reconducir su destino. Con Prusia se muestran ciertas afinidades a posteriori, tras su rápida victoria, al reconocérsele un autoritarismo gubernativo por el que se sienten ciertas afinidades, a pesar de sus concesiones liberales y, por supuesto, a pesar de su protestantismo (la política anticatólica de Bismarck no comenzará hasta marzo del año siguiente). Por eso, si la Comunión no se identifica con ninguna de las dos potencias, ¿por qué se produce tal impacto en sus conciencias, hasta el punto de que podemos considerarlo el punto de inflexión definitivo hacia un lenguaje puramente beligerante?

Porque el relato apocalíptico por el que se guiaba el mundo del carlismo, la estructura narrativa mediante la cual se comprendían los sucesos, necesitaba de la existencia de una gigantesca guerra real para confirmar que había llegado el momento predicho. Por fin sucedía: a la postre llegaba esa guerra formidable y final por la que se expiarían todos los pecados pasados y se abriría el cielo y la tierra a un futuro luminoso dominado por la Iglesia. La guerra franco-prusiana probablemente no fuera el acontecimiento que derribaría las puertas del pasado y reinstauraría el reino de Dios, porque duró bien poco y no reescribió plenamente el relato previo, pero significaba la constatación del principio del fin, del primero de los últimos capítulos de una novela que previamente se había construido.

La guerra significaba un “castigo de Dios”, pero también se entendió como un instrumento divino de cambio y regeneración, porque “el mundo no puede remediarse sino como una *purificación general* que alcance hasta las entrañas mismas de la actual sociedad”. La guerra se vio como un “gran milagro”, como un “trastorno general” que implicaría el principio de la “renovación de los hombres”<sup>41</sup>. La guerra permitía el encaje cada vez más perfecto de la realidad en la maraña de símbolos de que estaba compuesto el relato del Apocalipsis, el cual incluso se citaba textualmente: “Días de prueba y tribulación, días terribles parecidos a aquellos que nos habla el Apocalipsis

---

<sup>41</sup> EPE, 29-7-1870.

describiendo los últimos tiempos en que hasta los elegidos vacilaron viendo el dominio absoluto de Satanás sobre la Tierra”<sup>42</sup>.

El contexto refuerza el carácter providencial de la guerra. Y es que esta llega “casualmente” al mismo tiempo que otros hechos no menos importantes o incluso traumáticos. El 18 de julio el Concilio declara la infalibilidad del papa. El día siguiente es Francia la que declara la guerra. El 30 de julio Roma empieza a evacuarse después de que Francia retire su protección de los Estados Vaticanos para enviar sus fuerzas contra Prusia. Esta sincronía hace pensar en intencionalidad divina, brinda a los sucesos su carácter providencial y fortalece en los actores la idea de haberse internado en fechas de carácter trascendental.

El mundo católico-monárquico siente que las fuerzas del mundo por fin están confluyendo en el esperado trance en que se producirá la batalla definitiva entre el Bien y el Mal y el primero venza y reinstaure el Reino de Dios. “Hemos entrado en un periodo crítico del cual necesariamente ha de salir algo que cambie por completo las corrientes de mundo”, se afirma a principios de agosto, mientras todavía se espera que los dos ejércitos más grandes del orbe conocido se encuentren en los campos de Europa. Se trata de una “lucha gigantesca” en la que la “Europa caduca y carcomida por el vicio, apóstata y sacrílega” será arrasada y “la fe de Cristo venza, reine e impere”<sup>43</sup>. Repetimos: el lenguaje trascendente aparece porque se percibe en estos momentos la influencia de la mano divina en los acontecimientos.

Poco después llegan las noticias de la victoria alemana. “Francia, gendarme de Europa, se postra de hinojos”. Es la “justicia de Dios”, se define en los periódicos. La derrota es un “hecho providencial”. Francia, esta “nación en trance de muerte”, “cuna y asiento de revoluciones y metrópoli de placeres materiales” ha recibido el merecido castigo divino. A esta “sociedad muelle y afeminada” le ha llegado la “hora suprema” y ha sido derrotada. La preocupación, como se ve, no atañe sólo a lo político. París ha sido durante todo el siglo foco de irradiación de trastornos políticos, sí, pero también de una nueva cultura que ha expandido por Europa la corrupción y el vicio.

---

<sup>42</sup> EPE, 30-7-1870.

<sup>43</sup> EPE, 4-8-1870.

La derrota conmociona París y da alas a los elementos revolucionarios. Alentados por los altercados parisinos, en la misma Puerta del Sol se concentran algunos grupos republicanos. Los periódicos neocatólicos se apresuran a sacar conclusiones. Si lo consignamos aquí, aunque el detonante fuera ínfimo, es porque poco más tarde, durante la Comuna de París, se reproducirán los argumentos, y los sentimientos. “Los pueblos *todos* se aperciben a la pelea, que será sangrienta”. “Las turbas ayer halagadas rugen hoy amenazadoras”. “Una temerosa catástrofe amenaza a la prevaricadora Europa; hace tiempo que la aguardábamos”. Y este es probablemente el quid de la cuestión. El mundo del carlismo aguarda tanto esta guerra final que hará todo lo posible por confirmar sus profecías. Observará el mundo bajo el espejo tintado de sus premoniciones y luchará denodadamente por verlas cumplidas, hasta el punto de que, cuando estas no llegan por sí solas, dos años después, se apresta a hacerlas realidad mediante el inicio de su propia guerra de expiación.

Ahora, mientras tanto, tiene suficiente con observar que la predicción se ha hecho real, que el tiempo ha llegado, aunque a menudo este tipo de texto bascule entre el presente realizado en pretérito perfecto y un futuro inminente todavía por acontecer: “Llegó la *plenitud de los tiempos* y es menester deslindar los campos para conocer a los enemigos; de un lado están las afirmaciones de la santa fe católica y el Syllabus del inmortal Pío IX y del otro la negación absoluta del racionalismo y los derechos del hombre: *vase a trabar la última y terrible batalla*” . La profecía se ha realizado, pero al tiempo se encuentra por consumir en sus últimas consecuencias. Es decir, ante un cuadro apocalíptico de semejante magnitud y naturaleza, el lenguaje duda y fluctúa: el fin de los tiempos ha llegado, pero a la vez “el cataclismo que nos amenaza se halla próximo”.

El 16 de septiembre las tropas italianas entran en los Estados Pontificios. Las expresiones de corte ultraterreno continúan: “es un atentado que estremece el cielo y la tierra”. Se trata de otro de los acontecimientos (“sacrilegio”) tras el cual se ve la mano del diablo (“instrumento vil de Satanás”), o, al contrario, la de Dios conduciendo al mundo hacia su trance final: “se acerca el fin de la gran crisis religiosa, política y social por que está pasando Europa”. “Ha sonado la hora de la expiación de los pecados del mundo”, se repite una tras otra vez.

Son varios los autores<sup>44</sup> que han destacado la importancia que tuvieron los acontecimientos italianos en el despertar beligerante de la Comunión Católico-Monárquica. Sin restarle en absoluto esta importancia, la profundidad del impacto que deja la ocupación de Roma por Víctor Manuel en los periódicos neocatólicos, en comparación con la que imprime la guerra franco-prusiana, es ínfima. Durante días y días se ha prestado una atención constante, dominante y obsesiva a todo lo relacionado con la guerra. Un simple vistazo a la atención suscitada a la cuestión romana, tanto en espacio como en editoriales o artículos de opinión, no admite parangón.

En todo caso, cabe preguntarse si a estas alturas la comparación tiene sentido. El mundo católico-monárquico vive ya en un contexto providencial en el que todo lo sucedido es signo de una batalla cósmica entre dos poderes superiores y ultraterrenos. En esta clave se interpretará también la aprobación de la candidatura de Amadeo de Saboya, sucedida en noviembre. ¿Quién en su sano juicio podrá negar la conexión de los acontecimientos, comprendidos todos en un lapso tan mínimo de tiempo? Primero la revolución española, el concilio, la guerra franco-prusiana, el cautiverio del Papa (“infernical comedia”), y ahora, la inminente llegada del hijo del “parricida”, del “excomulgado” (Víctor Manuel, padre de Amadeo) al trono de España.

El impacto de la candidatura y posterior coronación de Amadeo (2 de enero de 1871) en las conciencias de los católico-monárquicos es decisivo. En lo perceptivo, supone la afrenta de aceptar a un rey y a una familia identificados con la “revolución”, los cuales, desde hace años, han entrado a formar parte del discurso y a sedimentarse en este como instrumentos del Mal. Pero, además, en lo político, significa el alejamiento brusco de las opciones de Carlos VII al trono de España. La vía insurgente toma una fuerza repentina. Se empieza a recoger dinero para la guerra y a hacer acopio de armas<sup>45</sup>.

A diferencia de las anteriores ocasiones, la crisis gubernamental o la insurrección federal, que habían estallado en breves subidas de tono, los

---

<sup>44</sup> Ver URIGÜEN, *Orígenes y evolución de la derecha española...op. cit.*, pág. 377 y Julio ARÓSTEGUI et alia, *El carlismo y las guerras carlistas...op. cit.*, p. 49.

<sup>45</sup> *Ibidem.*

acontecimientos de aquel momento no se quedan en chispazos efímeros y la intensidad del discurso no languidece durante los meses subsiguientes. La guerra, el cautiverio del papa y la entronización de Amadeo, sucedidas casi al mismo tiempo han significado una señal de carácter providencial tal que el estrés social y en consonancia, el discurso contrarrevolucionario que lo expresa, ya no se sosegará. Mes tras mes, semana tras semana, se habla de “la desolación” que “se pasea por el mundo”, del espectáculo de “unos pueblos que se arrojan unos sobre otros” y “se desgarran las entrañas”, de cómo “el crimen, la traición y la apostasía” se pasean “triunfantes”<sup>46</sup>.

En primavera de 1871, unos meses después, el relato apocalíptico se cruzará con la creencia tradicionalista por excelencia: la relajación del principio de autoridad propiciada por el liberalismo conduce irremediablemente a la anarquía, al caos y... al socialismo. El 18 de marzo, París está “en poder de los rojos”. Es la Comuna de París.

“París está ardiendo; los principales edificios de aquella gran capital del mundo moderno son pasto de las llamas o saltan hechos pedazos”, se lamenta *El Pensamiento español* el 26 de mayo. Las imágenes de destrucción se acumulan: “Llueve sobre París fuego y ceniza; la atmósfera está impregnada de un hedor insoportable”. Se mencionan uno a uno los grandes monumentos de la “capital del mundo moderno” (las Tullerías, el Louvre, el *Hotel de Ville*, el Palacio Real, etc., etc.), todas “arden o vuelan o se derrumban”. Toda la grandeza del gran París imperial, que siempre ha asombrado al hombre del siglo XIX (y no sólo a él), se desploman bajo la pluma del imaginativo corresponsal y los ojos de los lectores. Y no sólo los edificios. Con ellos se van también las cenizas de los próceres que fueron enterrados en el Panteón de los Hombres Ilustres, exhumadas por turbas y aventadas por la “canalla”. Todo el imaginario de permanencia, grandeza, y honra, cimiento de los valores del hombre conservador, yacen por los suelos o se los lleva al viento<sup>47</sup>.

Pero atención a las palabras. París no es sólo la capital del mundo, sino la capital del mundo *moderno*. Es esta la que se precipita “hecha pedazos” por los errores de los hombres y por la postrera “justicia de Dios”. De nuevo la narración que ya conocemos, porque cuando seguimos semana a semana el devenir del discurso

---

<sup>46</sup> EPE, 3-1-1871.

<sup>47</sup> EPE, 26-5-1871, en José ALVAREZ JUNCO. *La Comuna en España*. Madrid, Siglo XXI Ed., 1971.

neocatólico no observamos sino el desarrollo de otro capítulo, perfectamente necesario al relato, de la gran novela providencial del mundo que se va apareciendo paso a paso a los ojos de nuestros protagonistas. Epifenómeno lógico de la profecía, ha llegado ya la destrucción de “la civilización” por “las turbas”.

“La gravedad de la situación” es “espantosa”, se relata. “La canalla parisién” ha permitido “la libre expansión del libertinaje y el robo, alentados por la holgazanería”. Las imágenes de caos social se mezclan ahora con un perceptible tono de clase en el que se defiende y se llora el principio agonizante de la propiedad. Los llamamientos al despertar de las “clases conservadoras”, término que aparece en este trance repetidamente, se suceden. Se trata de un grito de alarma y de movilización no exento de crítica. Defendisteis siempre el principio de la propiedad, se argumenta, pero no “principios más altos” como el de autoridad. Por eso, se concluye, ahora no encontráis “garantía para salvar la sociedad amenazada”<sup>48</sup>. La culpable es la “Europa degradada por el vil materialismo”, este que ha permitido a las clases altas transigir con el liberalismo por turbios intereses materiales. El resultado: el “comienzo de una revolución socialista que fácilmente puede propagarse por el mundo”<sup>49</sup>. Es decir, París, la civilización, no está siendo destruida por el comunismo, como dicen algunos. París está siendo destruida por el liberalismo que “negó el reinado de Cristo”. “¿Quiénes son los comunistas? ¿Quiénes los socialistas?”, se pregunta un artículo, para a continuación responderse: “la lógica del liberalismo, la consecuencia de la revolución”. En el universo católico-monárquico el origen de la revolución y de todos los males siempre se encontró en la negación de la palabra de Dios.

El principio de autoridad, violado desde el momento en que no se obedece el mensaje de Dios, es también un principio que distingue a los neocatólicos-carlistas de las demás fuerzas conservadoras. Es el pilar fundamental de su *identidad política*, mediante el cual se diferencian de los partidos “doctrinarios”, que creen que unas pocas concesiones al liberalismo no alteran ni dañan el edificio. Falso, según ellos. En la Comuna de París se prueban todas sus teorías. Los neocatólicos, por tanto, con su

---

<sup>48</sup> EPE, 18-3-1871.

<sup>49</sup> EPE, 28-3-1871.



descripción de la Comuna, no están sólo interpretando su particular relato de las cosas, sino también distinguiéndose de sus competidores e intentando ganar aliados políticos.

Tras estos sucesos “terribles”, como siempre, las citas bíblicas, la alusión a los Salmos, la yuxtaposición en el tiempo y en el texto de la materialización presente de las profecías y de lo aún inminente o por llegar: “los tiempos están llegando; el instante predicho y suspirado se acerca. Todo se cumplirá; y cuanto más fuera del orden natural sucedan las cosas, más esplendente aparecerá la divinidad de Jesús”<sup>50</sup>. Una percepción de la realidad acorde y en perpetuo proceso de acoplamiento de significados con el relato precedente.

Desde *La Regeneración*, Aparisi y Guijarro sigue fielmente la orientación de sus compañeros de *El Pensamiento Español*. En su caso, sin embargo, sus escritos han devenido más que simbólicos, oníricos. El autor describe el Apocalipsis que ha llegado a Europa, pero también utiliza el lenguaje del Apocalipsis, no sólo sus imágenes, sino sus mismos recursos textuales, para describir el mundo circundante y los acontecimientos que percibe. Porque Aparisi menciona y cita textos del Apocalipsis:

“Y como yo soñaba hubo de brotar de mi mente febril la idea de aquel ángel del que hablaba el *Apocalipsis*, que puso un pie sobre el mar y otro sobre tierra y gritó: (...) lancé un tan horrendo y desaforado grito que los aires temblaron y todo se calló” pero además y sobre todo utiliza su lenguaje, su lente, para mirar y construir un universo propio, aunque como si fueran pasajes bíblicos:

“¡Ahí tienes a la ciudad reina y emperatriz del universo, a quienes todos los mares y todas las tierras ayer enviaban sus flores y frutos más preciados (...)! Mira ahora cómo mal recogida la regia vestidura que se mancha, desciende al sucio albañal en busca de ratones... ja, ja, ja. Porque la ciudad, corazón y cerebro del mundo, ha descubierto en un libro alemán que la carne de ratón se puede comer”.

Las imágenes de París, del mundo, se enredan en una fantásica pesadilla en la que Satanás aparece y desaparece, y con él sus seguidores: “Una voz se ríe al ver al emperador francés vencido e implora a Satanás”. En el artículo, que Aparisi llama “Sueño”, de París pasa a Madrid, donde el demonio contempla el cadáver de Prim. “El

<sup>50</sup> EPE, 7-4-1871.

mundo se ha vuelto imbécil, estáis perdidos, jajajaja”. Luego “Mefistófeles trae a un joven (Amadeo) a ver el cadáver”<sup>51</sup>. Como resume en otras frases de artículos posteriores, “Satanás nos está zarandeando a gusto”, o “¡Cómo va a divertirse el Maldito bufón con los pueblos que se olvidan de Dios!”

La batalla suprema y celestial entre el racionalismo y el catolicismo está en su momento álgido. Como sucedió en el Apocalipsis, los siete sellos se han abierto y la Bestia se ha apoderado del mundo. No se trata de una batalla española, ni de un problema local, ni siquiera nacional. Se trata de una batalla cósmica y trascendental, universal. Es interesante constatar que la visión de Aparisi no es única y personal. La misma opinión tuvieron los redactores de *El Pensamiento Español* y, por extensión, el mundo más conservador español. Estamos hablando, por tanto, no de una mirada individual, sino de una representación colectiva.

Los dos “terribles” acontecimientos no tienen lugar en los arrabales de Europa, sino en las dos ciudades con mayor valor simbólico del mundo para los católico-monárquicos. Roma, claro está, es la capital de los católicos del universo, donde vive “su rey espiritual” y el representante de Dios en la tierra. Se trata de la Ciudad Santa, que acaba de ser hollada en un acto “sacrílego” de la mayor gravedad. Es la ciudad que reúne mil dones positivos: la capital de las “creencias firmes”, de “los sentimientos honrados”, de “las costumbres puras y graves”. Es el foco del bien, el principio de irradiación de la verdad y la bondad.

París, por su parte, puede ser todo lo contrario, la capital del “mundo nuevo”, revolucionario, y también la de los “goces materiales y vicioso placer”, pero no deja de ser la “ciudad reina y emperatriz del universo”. Una ciudad por la que todo europeo siente una especial fascinación. No importa que el mundo más conservador le achaque ser el foco de todas las corruptelas. El respeto y el reconocimiento de su capitalidad mundial, aunque sea desde un sentimiento de amor-odio, no se discute.

Son contempladas ambas ciudades en el orbe católico-monárquico como las dos caras de la moneda de la moral del mundo. Encarnan para ellos respectivamente

---

<sup>51</sup> LR, 7-6-1871.

la representación y la capitalidad de lo bueno y lo malo<sup>52</sup>. Por eso, los acontecimientos que están ocurriendo estos días, no suceden exactamente en Roma y París, o sólo en París o en Roma. Suceden en las encarnaciones simbólicas urbanas del *mundo*. Las batallas, por tanto, encajan en el relato apocalíptico de los acontecimientos, que por definición no puede ser local. La batalla final no se da en dos ciudades aleatorias, sino que acontece en las que tienen connotaciones universales. La batalla es *universal*, sí, pero es algo más, porque es terrena y ultraterrena: es *cósmica*, es trascendente. Es la batalla entre el Bien y el Mal, entre Dios y el Demonio.

Entablada la batalla suprema, toca a rebato. Reprimida la Comuna, los periódicos ya no claman, suplican la unión de los católicos, lo que en román paladino, ateniéndonos al contexto, significa que *todos* los españoles se deben unir bajo la bandera de la Comunión Católico-Monárquica. “¿No es tiempo ya?”, se pregunta *La Regeneración* días después de la Comuna. En medio del discurso apocalíptico-trascendente que ya dominará la mayoría de los escritos de esta época, el periódico católico-monárquico no puede ser más claro: “¿No es tiempo ya? O ¿pareceos mejor que sigamos sin entendernos ni concertarnos y esperemos a que otra *Commune* rompa y prevalezca en Madrid?”<sup>53</sup>

Aparisi y Guijarro es también guerrero de esta batalla: “Vencida la Comuna (...) la Internacional se levanta por todas partes y declara la guerra a muerte a todos los grandes y a todos los ricos del mundo”. Por eso hay que reaccionar. Su *leitmotiv* se resume en mover a “todos aquellos que van a la iglesia”, que en aquel momento de oración se encuentran unidos, pero que se dividen a continuación: “El papa prisionero, la Iglesia perseguida, suelta la revolución, la Internacional a la puerta, ¿y aún no estamos reunidos en un solo campo los católicos?” Se dirige a todos, pero sobre todo a los poderosos. Su mensaje podría resumirse: hoy toca a los grandes y a los ricos entrar a formar parte de la batalla. Les conmina, les intenta levantar de sus sillas, en un lenguaje en el que casi parece escucharse el resuello: “Paris, ¿no os dijo nada? ¿Y no

---

<sup>52</sup> EPE, 1-10-1870.

<sup>53</sup> LR, 12-6-1871.

oís los golpes con que de cuando en cuando hace retremblar la Internacional las puertas de la ciudad?”<sup>54</sup>.

El asunto de la Internacional ya no abandonará la actualidad periodística. Durante el mismo junio el tema llega a las Cortes. Los debates y los discursos, sobre todo aquellos que más pueden ayudar a la causa Católico-Monárquica son debidamente consignados, como la definición que transcribimos: la Internacional es una “asociación eminentemente destructora, que se propone subvertir las bases del orden social, echar por tierra la familia, la patria, la propiedad, la religión (...) [y] dar omnímoda libertad a todas las pasiones”<sup>55</sup>.

La Comuna representa, por tanto, la última constatación de las profecías del carlismo, el último capítulo de un relato según el cual la revolución, que cuestiona la palabra de Dios (mediante el librepensamiento), y también a las autoridades terrenales implantadas por Él (al Rey, al Papa), es caos en potencia y en esencia. Porque desde el mismo instante en que se ha producido este cuestionamiento inicial, la destrucción de la sociedad se consumará tarde o temprano.

La caída de Roma, de París, son debacles de carácter universal, pero ante las que se puede y se debe responder con estrategias locales:

“El pueblo español es quizá el llamado a iniciar el *gran movimiento* que ha de regenerar a la Europa postrada y envilecida por los tiranos revolucionarios”, sostiene *El Pensamiento español* ya el 22 de noviembre de 1871. “¿Quién se atreverá a decir que el pueblo español no será una vez más en este siglo el redentor de Europa?” El discurso nacional-católico reaparece ahora como salvador del mundo, como lo fue durante la Contrarreforma (que no se menciona), o como en 1808 (que sí se cita) al iniciar en el continente la derrota de la revolución napoleónica.

Durante estos meses observamos cómo se va engarzando esta trama entre lo local y lo universal. El 17 de febrero *La Regeneración* se reafirma en la idea general: [Se trata de] una batalla terrible entre el racionalismo y el catolicismo en el mundo, entre Cristo y el Anticristo”. En esta guerra “la revolución española no es más que uno

<sup>54</sup> LR, 12-6-1871.

<sup>55</sup> LR, 13-6-1871.

de los cuerpos del grande ejército de la revolución cosmopolita”. Por tanto, España debe ser también otra de las piezas de la contrarrevolución: España debe “engrosar el gran ejército que salvando a la Iglesia Católica restaure en Europa los gobiernos cristianos”. Resurge entonces el sentido de la misión histórica de la gloriosa nación española: hay que hacer “brotar de entre las ruinas una España nueva, tan grande como la antigua en sus tiempos felices”<sup>56</sup>. La guerra podía ser suprema y ultraterrena, pero debía empezar en un lugar e implícitamente, en España: “El vaso de agua es una nonada, pero es una nonada que puede cambiar la faz de Europa”<sup>57</sup>.

¿Y quién es el encargado de esta tarea? El 5 de marzo Aparisi responde a la pregunta: “O mucho nos engañamos o el partido carlista tiene un encargo providencial, si es que se muestra digno de este favor de Dios, salvar a España en los momentos en que parezca España hundirse en el caos”. En su artículo del día 17 cita el manifiesto del pretendiente de noviembre de 1870, hace descripciones programáticas del sistema perseguido por el carlismo. Tomadas en el contexto de las ideas anteriores se percibe con toda claridad el objetivo de Aparisi: desde principios de 1872 todos sus discursos se encaminan a sentar las bases de un levantamiento, a dar argumentos para la sublevación carlista, parte o principio, como hemos visto, de una contrarrevolución europea que salve al mundo de su agonía.

El 5 de marzo insiste: “las tinieblas se espesan (...) y amenaza sonar la hora suprema”. “Venga el caos”, proclama explícitamente. “Que el que tenga la espada no la pierda, que el que no la tenga se la procure”. Es difícil mayor claridad.

El 21 de abril comienza la Segunda Guerra Carlista. Los magros resultados de las elecciones a Cortes de ese mismo mes, no sólo por el retraimiento de gran parte del partido sino también por las maniobras en la sombra del ministerio de Gobernación, que manipularon los resultados, precipitan el levantamiento. Los partidarios de la estrategia insurreccional ganan la batalla en detrimento del ala legalista de Cándido Nocedal. Vista la evolución del relato católico-monárquico de los últimos años, es difícil pensar que pudiera haber sucedido de otra manera.

---

<sup>56</sup> LR, 17-2-1872.

<sup>57</sup> LR, 8-1-1872.

### **3. Conclusiones**

La aproximación al carlismo y a la contrarrevolución en general, concebidos como resultado de un conflicto dialéctico frente a los avances bruscos del liberalismo, dispone todavía de un largo recorrido potencial. Durante años se explotó la explicación dialéctica bajo la suposición de que impactos socio-económicos del liberalismo pudieron condicionar el carlismo. Sin embargo, rara vez se ha desarrollado en extenso la idea de que el carlismo supuso una respuesta integrista en lo político y cultural a unos cambios repentinos provocados por la izquierda política. Esta deriva brusca de la axiología político-religiosa-cultural provocó una reacción virulenta en dirección contraria de parte del "conservadurismo sociológico español" que le hizo adscribirse o apoyar las soluciones más extremas de la derecha, léase, el carlismo.

Ha sido también lugar común identificar estos miedos en relación al conflicto religioso del momento entre el catolicismo y las autoridades del Sexenio. Nos gustaría matizar esta afirmación. Durante todo el periodo estudiado la Comunión Católico-Monárquica no cesó de defender el predominio de los católicos dentro de la población española. A pesar de los signos de anticlericalismo o de las muestras de libertad de pensamiento que dentro de la sociedad española cada vez cuestionaban más y en mejores círculos el mensaje ortodoxo de la Iglesia, es difícil negar la gran parte de verdad que tenía esta asunción por parte de la Comunión. Sin embargo, en el momento de mayor éxito electoral del partido, durante las elecciones legislativas de 1871, se alcanzaron sólo 51 escaños de un total de 391, es decir, apenas un 13%. Parece evidente que la gran masa de católicos del país no se alineaba con las tesis integristas de la jerarquía católica o del carlismo.

Por eso, plantear el fenómeno carlista como un mero conflicto religioso entre el catolicismo y el liberalismo parece insuficiente, como lo han reconocido la mayor parte de los historiadores. Lo fue desde luego a nivel político, mediante el enfrentamiento de sus respectivos dirigentes. Lo fue tal vez en ciertas áreas rurales por el gran poder aglomerante de los sacerdotes de aldea. No parece que fuera lo mismo entre el común de la población española. Por eso parece más correcto hablar de sensibilidades dentro

del catolicismo, entre un sector más liberal y otro más autoritario, que hicieron llevar a algunos de ellos a posiciones extremas e incluso insurgentes.

Para conocer la naturaleza de este choque, dado que los cambios llegan en aluvión y al mismo tiempo, se ha intentado desagregar los factores detonantes desde la llegada de la revolución de 1868 hasta el estallido de la guerra carlista.

A lo largo del periodo se ha observado una evolución desde una relativa aceptación de la revolución durante el primer mes (subdiscurso valle) hasta un tono apocalíptico y belicista que presagia la propia guerra (subdiscurso pico), pasando en la transición por un tono grave en el que prima la discusión de corte argumental (subdiscurso meseta). Cada uno responde a unos desencadenantes que podemos resumir en:

- la llegada de una *legislación democrática* (sufragio universal, libertad de prensa, asociación y reunión, principalmente), no suscita en el grupo una respuesta visceral en absoluto, sino que encontramos un tono tranquilo de burla y mofa motivado por la percepción de la inocencia de tales intenciones, por las supuestas contradicciones encontradas en el discurso democrático y por la previsible deriva hacia la anarquía que se presupone en toda delegación de autoridad. La llegada democrática no supone un reto, al menos traumático, a las concepciones patriarcales y autoritarias de parte de la sociedad, como se aventuró en un principio como hipótesis.

- las *medidas secularizadoras* del Estado y ciertas acciones anticlericales, sorprendentemente, no provocan la sustitución de este primer subdiscurso por uno ya catastrofista o belicista, sino que por el contrario se pasa a un subdiscurso de tipo medio en el que prima el tono luctuoso y grave y un esfuerzo tremendo por desarrollar argumentos convincentes para impedir la implantación de las medidas señaladas.

- El “subdiscurso pico” (apocalíptico, belicista, trascendente) aparece en el momento en que se producen alteraciones serias del orden público. Una sorpresa encontrada es que este subdiscurso “pico” aparece también fugazmente cuando la ruptura de la Conciliación conduce a una crisis de gobierno. El mundo católico-monárquico, cuando observa desunión política gubernamental, cree hallar la

confirmación del relato previo, según el cual toda negación de la autoridad católica lleva al caos. En consecuencia, entra en efervescencia.

Incluso más sorprendente ha resultado la importancia de los factores exteriores y del clima político europeo. Decisiva es, en este caso, la guerra franco-prusiana en la permanencia, ya sin paréntesis, de este “subdiscurso pico”. El estallido de este conflicto bélico fue interpretado en el mundo católico-monárquico como la llegada de la gran guerra final de expiación en la que, al modo que se narra en el Apocalipsis, se purgarían los pecados de la humanidad y se daría comienzo a un nuevo Reino de Dios. La invasión de Roma por los ejércitos de Víctor Manuel o la Comuna de París no funcionaron tanto como detonantes sino como síntomas, en tanto que no hicieron sino confirmar la veracidad de un relato según el cual el mundo estaba siendo ocupado por las fuerzas del Mal y por tanto se acercaba a su crisis definitiva.

En este sentido, cabe reafirmarse en los puntos de partida metodológico del análisis del discurso: los conceptos y, en este caso, los relatos del mundo de la Comunión Católico-Monárquica, orientaron la comprensión y la acción del grupo hasta el punto de alcanzar un notable distanciamiento de la realidad objetiva, un ensimismamiento ideológico que comenzaba y acababa en las formas de su propio relato, lo cual puede ayudarnos a entender incluso la inoportunidad del propio levantamiento carlista de 1872, ya que se dio, al menos en la primera fase de la guerra, dentro de una sorprendente carencia de condiciones objetivas. Cabe también matizar que este ensimismamiento fue en alza a lo largo del periodo estudiado. Mientras que en los primeros compases de la revolución priman los argumentos racionales, conforme avanza el Sexenio estos van dando paso a visiones y posiciones más pasionales e irracionales hasta conducir a una contienda que, tal vez por estas causas, les condujo a un completo fracaso.